

Dedico estas páginas á mis oyentes de la Biblioteca imperial, á quien ya pertenecian; pero este homenaje me permite darles las gracias públicamente por la simpatía que me han demostrado desde hace catorce años y por la fuerza que gracias á ellos he tenido. Algunas veces acaso les he ayudado á admirar lo bello: en cambio, ellos me han enseñado á no apreciar y á no elogiar mas que lo bueno, pues el respeto que el público impone es para el orador un manantial de inspiracion, y una regla, por decirlo así, infalible.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AUGUSTO,

SU FAMILIA Y SUS AMIGOS.

I.

AUGUSTO Y SU SIGLO.

Al fin de la República romana, un jóven que se llamaba Octavio se empezó á dar á conocer en la historia como concluyó Neron. Durante las guerras civiles, que son una prueba temible para la juventud, mostró una resolucion y una ferocidad precoces. Carecia completamente de escrúpulos y de moralidad, lo que es cómodo en todas las posiciones políticas, y sobre todo, cuando los partidos combaten con las armas en la mano. Para cubrir su conducta con una apariencia de justicia, daba por pretexto la venganza que tenia que tomar de los asesinos de César, lo que no era mas que un manto en cuyos pliegues se ocultaban sus propios rencores,

pues los crímenes que ordenaba no tenían mas objeto que limpiar el camino que estaba llamado á recorrer. La disposición que tenía para verter la sangre, era tanta como el placer que experimentaba en verla correr. Los juegos del Circo, cuyo uso habían trasmitido los etruscos á los romanos, desarrollaron en estos un fondo de crueldad que no ha desaparecido nunca, y que los combates de gladiadores incesantemente conservaban. Octavio tenía gusto en asistir á los suplicios que ordenaba; hizo combatir á un hijo contra su padre, y se dice que él mismo arrancó los ojos á un desgraciado que creía armado contra él. No necesito recordaros los nombres de sus víctimas; ciudades enteras, como Perusa, fueron casi despobladas; no perdonó ni á su mismo tutor, y Ciceron, su primer protector, fué abandonado, por no decir matado, por él.

Ademas, era prostituido; y llevaba á tal grado sus vergonzosos excesos, que ya sus amigos no trataban de justificarlo, no encontrando otra excusa á su conducta sino el deseo de penetrar los secretos de las familias poderosas, y de crearse connivencias aun en el mismo hogar de sus enemigos.

No teniendo mas guia que su ambicion, traicionó sucesivamente á todos los partidos: primero al senado, para hacerse nombrar tribuno del pueblo; luego á este, para hacerse nombrar propretor por el senado; y en fin, al senado de nuevo, cuando se aseguró el deplorable apoyo de los veteranos de César.

La historia nos ha conservado fielmente la actitud feroz del triunviro Octavio. Recordais tambien la muerte de los principales amigos de Caton, que saludaron á Antonio con el nombre de general, y no tuvieron mas que ironías sangrien-

tas para Octavio *el verdugo*, nombre que Mecenas, su mejor amigo, debía mas tarde arrojarle al rostro.

Tal fué su juventud. De repente se opera un cambio palpable.

La sangre ha corrido á torrentes. Han muerto los otros triunviros, el poder está conquistado. Surge un hombre nuevo. La crisálida rompe su cubierta, y de ella sale una mariposa. Augusto aparece ante la posteridad en todo su esplendor, y la posteridad lo absuelve, deslumbrada con tanto brillo.

Confieso, señores, que para los espíritus que quieren estudiar la marcha de las cosas humanas sin someterse á las preocupaciones reprobadas por la moral, es muy duro tener que externarse sobre este súbito cambio. Porque, no hay que negarlo, Augusto está proclamado como uno de los bienhechores de la humanidad. Su nombre ha sido consagrado como un símbolo de clemencia. Este hombre, cuyas manos estaban teñidas de sangre, ha llegado á ser el tipo de la generosidad. Corneille lo hace el héroe de una de sus tragedias, y el mayor elogio que hacerse pueda de un soberano, vivo ó muerto, es tratar de compararlo con Augusto. No hay nada mas allá de esta alabanza. Preciso es creer que Neron fué muy torpe al empezar por la virtud y acabar por el crimen. Bastaba invertir el órden cronológico de estas dos partes de su vida, para que Neron se convirtiera tambien en un bienhechor de la humanidad.

En todas épocas, los hombres han sido inclinados á la bajeza, y la historia misma está llena de contemporizaciones con los que se han tomado el trabajo de desfigurarla. Apenas se atreve uno á examinar un proceso que ha sido juzgado por tantas opiniones y por tantos siglos. Pero en fin, ¿cuál es

el fondo de este juicio? El fondo es que el bien hecho por Augusto hace olvidar el mal causado por Octavio; que los beneficios del fin de su vida han borrado los crímenes del principio de ella; en una palabra, el resultado es la gran doctrina política, practicada constantemente, de que el fin justifica los medios. Ese imperio conquistado *per fas et nefas* llegará á ser sagrado, augusto, querido por los dioses, solo porque despues de hacer mucho mal se hará mucho bien.

Difficil es someterse, á pesar de los innumerables testimonios que han fijado la opinion pública sobre Augusto. Yo, por mi parte, no me someto, sino que al contrario, me indigno, y ántes de entrar á ese siglo, en el que elogiaré sucesivamente lo que merece ser elogiado, siento necesidad de hacer una protesta de conciencia. Cuando os hable de todos los hermosos monumentos construidos en esa época, en Roma, temo que creais que hago un elogio de Augusto, sin reservas; por eso, os pido permiso para explicarme ántes acerca de este personaje tan medido en el fin, y tan malvado en el principio de su vida.

¿A qué se debe la popularidad de Augusto? Durante su vida, á su hábil política, é inmediatamente despues de su muerte, á una especie de grito público que resonó en Roma; pues al dia siguiente mismo, el senado quiso llamar *sæculum Augusti* al espacio de tiempo en que Augusto reinó. Los sucesores de Augusto lo hicieron mas querido todavía á la memoria del pueblo, unos con su respeto, otros con sus crímenes. Los cristianos contribuyeron tambien á formar esa auréola; Cristo nació bajo el reinado de Augusto, y aquel gran imperio fundado con sus manos, era necesario al cristianismo para convertir al mundo. Los bárbaros, á su vez, derrocaron, pero admiraron el imperio romano; los emperadores

de los tiempos bizantinos y de la edad media, Carlomagno y los emperadores de Alemania tomaron á Augusto por modelo. El Renacimiento elogió de nuevo á aquel que Virgilio habia vuelto inmortal, y mas tarde, los súbditos de Luis XIV se deshicieron en alabanzas suyas. En una palabra, no parece sino que la humanidad entera, por medio de sus grandes gé-nios, se ha puesto de acuerdo para hacer de Augusto el tipo de lo que sobre la tierra hay de mas perfecto, en cuanto á dominio, á clemencia y á moderacion. Ha bastado que Augusto perdonase á Cinna, hecho dudoso, para que el que habia derramado tanta sangre, se convirtiera en el mas clemente de los hombres.

Antes de ocuparnos de la historia del arte, veamos, señores, hasta qué punto tuvo Augusto derecho de dar su nombre á su siglo. Antes de examinar si fué el iniciador del progreso de las artes, y de la perfeccion de las letras en el siglo que precedió y siguió al nacimiento de Cristo, reasumamos su causa, discutamos sus títulos á la admiracion de la posteridad. Echemos una rápida ojeada á las cuatro facces que, semejante á ciertos Janos antiguos, nos presenta la personalidad de Augusto. Puede, en efecto, considerársele bajo cuatro puntos de vista: como hombre privado, como hombre público, como administrador, y en fin, como protector de las artes y las letras.

Augusto, convertido en emperador, ¿se nos presenta, como hombre privado, con esa figura sobrehumana de los grandes hombres de la antigüedad? ¿Es un Pericles? ¿es un Alejandro? ¿uno de esos hombres que llevan en la frente el respeto y el amor de la humanidad? ¿Vése brillar en él la grandeza de alma, el amor de la libertad, ó la noble adhesion á la patria? ¿Es uno de esos caracteres que llamamos por excellen-

cia antiguos? No. Fácil es conocer su vida, para ello no tenemos mas que consultar á sus mismos conciudadanos. Aun en el trono, no fué siempre sino el egoísta. mas hábil, un hipócrita que jamas pensó mas que en sí mismo. En el momento que colmó su ambicion, que consiguió todo lo que un hombre puede soñar, viendo al mundo entero inclinado ante él como un bosque de rosales, ya no tuvo mas que practicar la mod racion y darse esa especie de placer que se llama la tranquilidad de espíritu. Pero no por eso deja de ser el hombre moderado, el hombre dueño de sí mismo, que debiendo conducir á los hombres, se conduce él mismo con precaucion. Cuando perdona á Cinna, no hace mas que acceder á los ruegos de Livia, á las instancias de una muger dotada de rara astucia y capaz de grandeza de alma. Lo que permite juzgar hasta qué punto desconfiaba de sí mismo, en la vida privada, es que cuando tenia que comunicar alguna idea importante á Livia, que era para él un verdadero consejo de Estado, escribia ántes lo que tenia que decirle, á fin de que su pensamiento no lo arrastrase mas allá de donde queria. Fué, pues, en la vida privada lo que fué en el senado, afectando el desinterés, fingiendo querer abandonar el poder en el momento mismo en que mas enegreido con él estaba. Toda su vida se reasume en las palabras que pronunció el dia de su muerte: «¿Ha estado bien representada la farsa? Aplaudid.» Esta muerte es la de un cómico.

El arte, animado por el brillo de las recompensas, obligado por el mismo poder absoluto, podrá venir á su vez á consagrar esta figura de Augusto y hacer de ella uno de los modelos de la escultura romana; pero por mas que haga, jamas podrá dar á esta fisonomía el carácter de grandeza, de franqueza, la expresion que deja traslucir el alma de un

hombre verdaderamente grande, que nada tiene que ocultar y que obliga á la humanidad á inclinarse no ante él, sino ante su bondad y su génio. No busquemos esto en Augusto, que será un tipo en el arte, porque un artista lo habrá inmortalizado, pero en la realidad de la historia no será nunca sino un cómico. El mismo lo dijo, y la frase ha pasado á la historia y á la posteridad.

Si se quiere tener una idea exacta de Augusto, preciso es consultar mas que á los escritores que lo han adulado, á los artistas que tambien lo han embellecido, pero que lo han copiado. Es necesario distinguir en la escultura del siglo de Augusto, la doble influencia del arte griego y del arte etrusco-romano. El arte griego, al representar á los soberanos, les da un tipo ideal, heróico ó divino. El arte romano los quiere semejantes, precisos, expresivos como el natural. El arte griego, en las estatuas imperiales, crea y dispone á su antojo las proporciones, las actitudes, los atributos, las vestiduras, en una palabra, todo lo que no es el rostro. El arte romano, acostumbrado á vaciar en moldes de cera la cara de los antepasados y á conservarlos en el atrio, exige que la mascarilla sea exacta y lleva la verdad hasta la dureza. De aquí nace una conciliacion bastante extraña, que es la única que puede explicar la mayor parte de las estatuas de los emperadores. Su cuerpo es convencional, sus facciones individuales, y el ideal de Augusto no ha escapado á esta ley comun. Se sabe que era pequeño, de salud delicada, un poco contrahecho, cojeando á veces, y rodeadas las piernas de lana: sus estatuas lo representan alto, de proporciones magníficas, con un gesto heróico; pero la cabeza tiene un carácter tal de personalidad, que no se puede dudar que los artis-

tas obedecieron á la tiranía de las costumbres romanas, al traducir fielmente las bellezas y los defectos del original.

A nuestros ojos, la imagen mas auténtica de Augusto es sin duda la estatua encontrada hace cuatro años en Prima-Porta, á siete millas de Roma, en la villa de Livia. Livia, que se habia constituido en sacerdotisa de Augusto, despues de su muerte evidentemente habia hecho ejecutar por el artista mas hábil de la época, una estatua tan parecida como hermosa.

En efecto, el conjunto es admirable; la postura es la de un Dios que reina y que manda. La coraza está cubierta de adornos en relieve que parecen camafeos. Pero la cabeza atrae toda la atencion, porque en ella es donde se ve la energía real del personage, la verdad histórica y las involuntarias manifestaciones de una alma acostumbrada al disimulo.

Lo que impresiona desde luego es lo saliente de los huesos maxilares que están acentuados hasta la dureza. La mandíbula pinta la contraccion y la tenacidad. La frente expresa la voluntad perseverante y tranquila, y la costumbre de abrigar mucho mas las ideas personales que las ideas elevadas. Los ojos son apagados; en vez de expresar, rechazan; no tienen ni esa dulzura ni ese velo de serenidad en que sobresalia la escultura antigua. La boca es enérgica, apretada, inflexible. ¡Qué de secretos supo guardar! ¡Qué de astucia encubre! ¡Qué prudencia y qué reserva! Esta boca es mejor que la de Maquiavelo, es la boca del que escribia ántes lo que queria decir á Livia, su consejera y su cómplice, de miedo de decir demasiado ó demasiado poco, en el abandono de una conversacion íntima. Tiene el pelo corto y le baja hasta la nuca, que era un signo de raza entre los Julios. El cuello..... pero el arte griego hace valer sus derechos, pues el

cuello es de hermosas proporciones, cuando sabemos, por innumerables monedas, que era desmedidamente largo.

La parte inferior del rostro, merece particular exámen: expresa la prostitucion, tiene algo de material, y no está exenta de cierta bajeza. Se comprende que Livia juzgase prudente cerrar los ojos acerca de sus infidelidades, que aun á veces se prestase á ayudarlas, y que ninguna romana estuviese al abrigo de los excesos del emperador: pues bastaba que un esclavo se presentase con la litera imperial delante de la puerta del mas grande personage de Roma, para que se creyera obligado, tan solo al recordar al triunviro Octavio, á dejar subir á su muger en aquella litera y que se dirigiese al palacio.

El conjunto de la cara expresa muy bien todo lo que los contemporáneos han descrito: la crueldad y la hipocresía, la pasion y la astucia, la concentracion y una fogosidad mal contenida que á veces se escapaba en terribles estallidos de cólera; es el dueño del mundo que trata de ser dueño de sí mismo y que no siempre lo consigue.

La ferocidad innata del que decretaba las proscripciones, ha dejado una huella eterna: este es precisamente el Augusto que un dia, en plena paz, estando en el tribunal de justicia criminal, se olvidaba, ó mas bien se acordaba de sí mismo, decretando sentencias de muerte y excitándose como el tigre que ha olfateado la sangre. Entónces fué cuando Mecenas, confundido entre la multitud, no pudo contener su indignacion y le arrojó su libro de memorias, en el que acababa de escribir estas palabras: «Ya basta, verdugo.» ¡Ah, señores, qué revelacion! ¡qué rayo de luz que no podrán hacer desaparecer nunca ni la poesía ni los aduladores! «Ya basta, verdugo,» pues ya te conocemos, vemos al traves de

tu máscara, no nos engaña ni tu fácil clemencia con Cinna ni los magníficos versos de Corneille, ni los lugares comunes de que se alimenta la posteridad, ni tus funestas virtudes, ni tu reputación usurpada, ni esa inmensa y poética ficción que los oradores más elocuentes de tu siglo degradado han formado al rededor de tí. Mecénas, el confidente de toda tu vida, te ha traicionado con esas tres palabras, y el artista predilecto á quien Livia mandó hacer tu imagen, te ha traicionado igualmente, dejando percibir tu alma á través de tus facciones.

Llego al hombre público. Proceso es este que cada generación ha juzgado á su vez; pero que es imposible juzgar en favor de Augusto, si se tiene en la mano una balanza cuyos dos platillos no admiten más que la justicia y la verdad.

Se dice que Augusto fué un bienhechor en su vida pública y en sus relaciones con el Estado. Sin embargo, cuando se examinan día á día los acontecimientos, se ve que fué muy culpable con su patria, que faltó á todos sus juramentos, que traicionó los intereses más nobles que le estaban confiados, y sobre todo la libertad y la dignidad del pueblo romano. A esto contestan que nadie lo niega, pero que solo lo hizo por salvar á la sociedad que estaba desmoronándose. Al fundar el imperio, conservó el Estado romano la vida que se le escapaba; estableció con el principio de sucesión la única base estable en que pudiese apoyarse un gobierno. El inmenso poder de los romanos, desgarrado por las facciones, fué conservado por él; él fué el salvador no solo de Roma, sino del mundo entero.

Confieso que absolutamente estoy convencido. Se dice que salvó á Roma; pues qué, ¿Roma estaba tan amenazada en el momento que los cónsules acababan de someterle todas las

provincias de Europa y del extremo Oriente? ¿Desde cuándo se llama la salvación á un sistema que establece el poder de uno solo, que aniquila al pueblo y lo hace depender de una sola voluntad? Y esta prosperidad que dicen prolongó durante cuatro siglos ¿no consoló ni siquiera á dos generaciones! Apenas duró un solo reinado, pues al día siguiente de la muerte de Augusto principia una serie de tiranos efímeros y de usurpadores que se derrocan unos á otros. Primero, Tiberio, Calígula, Nerón; en seguida, después de algunas batallas perdidas ó ganadas, vemos aparecer y pasar como sombras á Galba, Othon, Vitelio; Vespasiano y Tito interrumpen esta larga serie de desórdenes, pero tienen por sucesor á un monstruo, á Domiciano. Después de los emperadores ineptos que comprometen la hacienda y los destinos del pueblo romano, se ve á algunos buenos príncipes como los Antoninos, pero á poco vemos á un Cómodo, á un Caracalla, á un Heleogábalo. En una palabra, la historia del imperio no es más que una sucesión de vergonzosas caídas, interrumpidas por vanos esfuerzos para volverse á levantar.

Durante este tiempo, la administración romana, la disciplina de los ejércitos, la integridad de las provincias, están comprometidas á cada instante y en vísperas de perecer. En consecuencia, ¿qué vale ese hermoso principio del derecho de herencia, cuando la elección la hacen los ejércitos, y depende á menudo de los bárbaros? Todos los generales, en la Galia, en Bretaña, en Siria, en Africa, son candidatos para el imperio; las guerras civiles no cesan. ¿Es acaso un principio el de la fuerza de las armas reemplazando al derecho de los ciudadanos y sustituyendo su elección á la del pueblo? ¿Es acaso una forma de gobierno duradera esta sucesión violenta de tiranos, que se asaltan unos á otros, cada

cual á su vez, y que no buscan en las batallas y en las mantanzas, mas que un camino hácia el trono?

El derecho de herencia, esa quimera, ese beneficio de Augusto, no subsistió ni siquiera para sus hijos ni para sus nietos, que murieron todos ántes de sucederle, y el hombre que lo reemplazó fué aquel de quien mas desconfiaba, Tiberio, con quien no tenia ningun parentesco, á quien detestaba, y que no era sino el hijo del primer marido de Livia.

Lo repito, señores, no es un principio de gobierno el que Augusto habia introducido por la fuerza, y si fuese posible remontarse á través de los siglos para evocar á algunos de los miembros de la familia de los Escipion, de los Marcelos, de los Caton, y suponiendo que esos grandes espíritus se hubiesen hallado en lugar de Augusto al terminar las guerras civiles, cuando la sangre habia corrido en todas partes del mundo, y cuando una especie de laxitud habia calmado la fiebre de que habia sido presa el pueblo romano, se pregunta uno si habrian observado la misma conducta que Augusto. ¿Qué, en aquel momento, un espíritu desinteresado, amante de la cosa pública y de la grandeza de Roma, no habria pensado que era posible restablecer la paz en aquella república que necesitaba tranquilizarse, pero no poniéndola bajo el yugo de un amo, sino usando únicamente de un poder de corta duracion?

Admitid, señores, que Augusto hubiese aceptado la dictadura, como lo hizo, ó bien un poder mas pacífico, el tribunado del pueblo, que lo hacia inviolable, ó el consulado, que le daba el mando de los ejércitos; admitid todavía que reuniese todos los poderes en uno solo, al que dareis, como los antiguos romanos, el nombre de dictadura; ¿qué, no podia, si hubiera querido, levantar á la república, hacerla mas

fuerte, mas respetada, mas unida que nunca? ¿Era acaso un papel tan difícil? ¿Habria tenido que hacer otra cosa que lo que hizo para establecer el imperio?

Habria tenido que hacer absolutamente el mismo esfuerzo; con la diferencia de que no conservaba el poder mas que por diez años, y que lo entregaba en seguida en manos del senado, pero no con aquella hipocresía de que dió ejemplo, sino con la voluntad seria, firme, inquebrantable de deshacerse de él, y acompañando este grande acto de desinterés con uno de aquellos discursos que sabia pronunciar, para tranquilizar al pueblo acerca de la sinceridad de su abdicacion. Ya se habia visto á Sylla entregar el poder y se habia visto asesinar á César por haber extendido la mano hácia la corona real. Si Augusto hubiera entregado el poder, haciendo reelegir en su presencia á un sucesor que á su vez hubiera hecho elegir á otro, y si hubiera preparado de este modo una serie continuo de gefes escogidos por la república, creo que habria desempeñado un gran papel, y habria fundado algo mas duradero que lo que estableció. Esta conducta habria convenido á una alma generosa. Tal vez semejante proceder era audaz, pero estoy convencido que si Augusto lo hubiera procurado, habria prolongado la república, no por cuatro, sino por diez siglos. Estoy persuadido de que esta grande unidad del mundo, podia encontrar en sí misma elementos de duracion; que el senado romano, viciado en tiempo de César, podia purificarse; que la órden de los caballeros, á la que pudo dársele mayor extension, como lo hizo Augusto, habria ofrecido ancho campo á todas las ambiciones y habria formado excelentes administradores; y que el pueblo, en fin, admitido en los comicios á elecciones verdaderas y no ya forzado á votar por candidatos presentados é impuestos, habria podido

AUGUSTO.

2.